

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Cruz*, poesia, por don Pedro María Barrera.—*Sueño*, por doña Blanca Rosa Rodon.—*Pedro y Camila*, (continuacion), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un pliego que contiene 29 dibujos y el pliego diez del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuacion).

III.

LA MARQUESA DE MONTEMAR Á LA BARONESA DE CASTELLÁN.

Madrid, junio de 18...

Tu carta, mi querida Amelia, me ha llenado de asombro; casi de terror. ¡Cómo! desde la populosa y magnífica Londres te has ido á enterrar en esa pequeña capital de una provincia de España?

¿Y por qué? ¡solo porque debes algunos miles de duros! ¡qué candidez! ¡mas bien que tontería!

¡Seguramente, yo debo mas que tú! ¿pero piensas que por eso voy á hacer penitencia? ¡no lo creas! á pesar de ser madre de tres niños, quiero gozar del mundo, de los encantos de la existencia y de los placeres de la sociedad mientras me sea posible.

¡Si supieras qué coincidencias hay en la vida! la esposa de ese pobre hombre, al que te diviertes en volver loco, fué mi mejor amiga!

¡mi compañera de pension... y el ser á quien mas he amado en el mundo!

¡Mélida! aun resuena este nombre en mi corazon como una música celestial!

¡Mélida! ¡qué bonita, qué dulce, qué buena era!

Sí, Amelia! era y debe ser aun un ángel que nosotras no somos dignas de comprender hoy, pero que yo he comprendido y he adorado! no te sonrias... la he adorado, á pesar de esta crueldad de alma que me motejas, y que no niego que hoy exista en mí!

No puedes figurarte, amiga mia, cuanto hay de odioso y de brutal en la conducta de su marido; él era hijo de unos aldeanos, y ella pertenecía á la primera nobleza de España: sin embargo, ese labriego supo hacerse amar de Mélida, y conquistar su corazon, acaso en despique de que yo le habia rehusado para esposo: porque nuestra boda estuvo concertada y yo no le quise... Mélida, que hubiera sido una preciosa flor de los salones, se casó con él, gracias á la debilidad de carácter de la condesa su madre: se quedó con él en la aldea: sufrió á sus rústicos padres con una paciencia de ángel, y luego, al ver la oposicion de su marido por la vida del campo, interpuso todo su influjo para que le dejasen continuar su carrera de leyes, y lo consiguió.

¿Cuál ha sido el resultado de tantos sacrificios, de tanto valor y abnegacion?

Que ese hombre, llamándose ya su marido, quiso por orgullo estudiar y ser algo en el mundo: que poco despues ese orgullo perdió toda su parte noble y buena y se hizo despótico y soberbio que se halló con algun talento, y, respondiendo á sus instintos de aldeano, quiso imponer á su esposa el yugo de su despotismo, se olvidó de quien era, y de lo que la debia, y ha llegado hasta serle infiel, porque está enamorado de tí, no por el corazon, sino por la vanidad, y porque has caido en medio del desierto en que vivia como un brillante meteoro.

Mélida es humilde, suave, poética, amante del retiro y de la soledad, como todas esas naturalezas elevadas y escogidas.

Tú, brillante, altanera, impetuosa: adoras el ruido, el incienso, las adulaciones, y las sabes merecer.

Esa naturaleza tosca y ambiciosa te prefiere á tí, y esto es lo natural.

Mélida no desea mas gloria que la de buena madre, y buena esposa, y rinde culto á esas oscuras y silenciosas virtudes del hogar doméstico; por eso amó á Juan Bautista que era, al parecer, un muchacho tierno y sencillo; pero el jovencito inesperto ha desaparecido, y ha nacido en su lugar el hombre ambicioso y dominante; por eso el eminente abogado Valdés, el gran letrado, el hombre rico, el que se sentará en el año próximo en la cámara, no ama ya á su pobre y débil esposa: cegado por el demonio de la vanidad, Mélida, que le es tan superior, Mélida, que le ha sacado de la nada, es ya muy poco para él.

Valdés será á la vez tu esclavo, y el tirano de su mujer: así lo quiere la implacable ley de los contrastes: ó mas bien, así lo dispone la ruin naturaleza humana, toda ingratitud y cieno.

Y sin embargo, Mélida inspiró una loca, una ciega pasion al hombre mas eminente que conozco: pasion que si se ha estinguido—que lo dudo—ha dejado al menos, en el corazon de ese hombre superior, un imborrable recuerdo.

Juan Bautista y yo, destinados por nuestros padres á unirnos desde la cuna, hemos sido desgraciados, muy desgraciados y por la misma causa.

Yo quise salir de mi esfera, casándome con el marqués de Montemar.

El tambien, casándose con la hija de la condesa de Campoverde.

Si yo me hubiera unido á Juan, y Mélida á César, los males hubieran sido mucho menores.

¡Porque los míos no tienen remedio!

Apenas se podrá hallar un hombre mas sumergido en todos los vicios que César, desde la muerte de su madre.

La galantería le ocupó primero: despues ya no bastó para la ociosidad que dá una gran fortuna y un nombre ilustre y se dedicó al juego.

Cansado igualmente de perder que de ganar, y deseando probar si hallaba la dicha en otra esfera de la que vivia, descendió á los mas vulgares desórdenes, y muchas veces, Francisco, su ayuda de cámara de confianza, le ha traído á casa al amanecer completamente embriagado.

Yo ya no soy nada para él, ni él para mí; ¿pero qué hay en esto de extraño? ya hace nueve años que estamos casados, y al fin del primero nos éramos uno al otro igualmente indiferentes.

El creyó hacerme un favor al casarse conmigo y poderme tiranizar; creyó que yo seria su humilde y fiel esclava, y que me doblegaría á contemplar á su madre y á pasar al lado de la extravagante mariscala la vida de una monja; él creyó, en una palabra, que yo seria lo que son Clara y Mélida, con la primera de las cuales debió casarse: yo, á mi vez, creí que su ciego amor duraria siempre, que mi hermosura era el solo atractivo que necesitaba para tenerle sujeto á mi voluntad y á mis caprichos, que mis coquetías con sus amigos, en vez de entibiar su amor, le encenderian mas y mas cada dia.

Los dos nos engañamos.

Los dos nos comprendimos mal.

Los dos somos desgraciados, porque ninguno ha querido descender á poner un poco de su parte para complacer al otro.

Ahora ya es tarde.

Ya se han dicho palabras que no se pueden recoger: ya cada uno ha hecho alarde de libertad y de desamor al otro.

Mas á pesar de esta tacita ruptura de todos los lazos que nos unian, esceptuado el que impone la Iglesia, César y yo amamos á nuestros hijos con la mas ciega idolatría.

¡Son tan hermosos!

¡Ah! ya que la vida es toda dolores y amarguras: ya que mis tres hijos han de encontrar un martirio en su matrimonio: ya que mi hijos han de gustar contrariedades y disgustos, dejémosles ahora que hagan en todo su gusto, que sean felices, que dispongan de su voluntad.

Abraza á tu linda hermana Sofia: y sin re-

nunciar á tu conquista, tén piedad de la pobre
Mélida, digna de una suerte mas feliz.

VALENTINA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

LA CRUZ.

I.

Como se rasga el capuz
En que se envuelve la noche,
Al abrir su casto broche
La blanca flor de la luz,
Del criminal en pedazos
La calma feroz caía
Cuando de la cruz veía
Los secos y abiertos brazos.

El mundo antiguo murió
Lanzando un grito profundo,
Y, de aquel grito, otro mundo
Lleno de vida brotó.

II.

Hoy, cual mira el corazón
La imagen que por encanto
Se graba en el cristal santo
De la primera ilusión,
Los criminales que gimen
La cruz miran y en su anhelo
Soñándola umbral del cielo
Se purifican del crimen.

Y es que el viejo mundo, alfombra
Del nuestro, dejó la cruz,
Y Dios trocó en plena luz
Lo que antes fué plena sombra.

Pedro María Barrera.

SUEÑO.

«La vida es sueño!» Ha dicho Calderon;
pero, qué es el sueño?... Una pesadilla horrible,
imagen espantosa de la muerte, ó un poema de
luz sembrado de flores y de estrellas?... Es una

mágica transición de la muerte á la vida, ó un
cambio repentino de la vida á la muerte?... El
sueño es un prisma de infinitas fases. Unas,
blancas y lucientes, como las alas de los án-
geles: otras, negras y asquerosas, como las alas
de Satanás.

Hay en el sueño un *no sé qué* de sublime y
divino que lo asemeja mucho al colorido del
misterio; y en vano Hipócrates y Homero han
pretendido definir precisamente las mil y mil
impresiones que nuestro cerebro recibe bajo su
imperio. Intentar la definición del sueño, es lo
mismo que pretender describir el corazón ó la
mujer: sería necesario escribir para cada uno
un libro diferente.

Hay semejanza entre el corazón de la virgen
y el de la mujer en medio de la familia, al lado
de su esposo, delante de sus hijos?... Pues tam-
poco es posible un paralelo entre el sueño del
justo y la pesadilla horrible del criminal.

Son mas numerosas las variadas impresiones
del cerebro, que los distintos sentimientos del
corazón. Durante la vigilia, la voluntad reduce
nuestra imaginación á un estrecho círculo y la
razón ata fuertemente las intrépidas alas del
pensamiento; pero en medio del sueño, cuando
cesa de un todo ese dominio, se desencadena
nuestra cautiva fantasía y de su fuente inago-
table brota la idea como el rayo. Es la loco-
motora arrastrada por el mágico agente del va-
por. ¡Oh! El sueño es el verdadero imperio del
alma! Hasta el corazón parece que se regocija y
toma parte en ese espléndido banquete! Yo he
llorado dormida muchas veces y las lágrimas
han humedecido mis ojos; otras, la sonrisa ha
entreabierto mis labios y las frases, que he mur-
murado, revelaban alguna circunstancia de mi
imaginario eden.

Luego es indudable que no solo durante la
vigilia comunica el corazón sus impresiones al
cerebro y con razón nos dice Hipócrates: «Cuan-
do el cuerpo duerme, el espíritu vela.»

Multitud de ejemplos nos han probado la
veracidad de esta máxima. José, el hijo de
Jacob, supo por los sueños los principales su-
cesos de su vida. Faraon, gracias al sueño ale-
górico que dominó su mente, pudo prever los
terribles males que iban á caer sobre su pue-
blo. Astiage, rey de los medos, soñó que su hija
producía una vid. Qué príncipe mas rico que
Ciro, hijo que tuvo aquella princesa, algún
tiempo despues del sueño de su padre? Calpur-
nia, esposa de César, vió en sueños á su marido

acribillado de heridas y espirando en sus brazos durante la última noche de vida que contó este héroe. César desprecia el aviso que le envió el cielo y acudió á la asamblea, en la que pusieron fin á sus días.

Recopilar mas pruebas, seria tarea enojosa y cansada, cuando no estéril.

Embebida en estos pensamientos estaba hace noches, cuando el ángel del reposo batió sus cariñosas alas sobre mis párpados. Pronto me hallé envuelta en esas:

Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles,
Del pacífico sueño precursoras
Bajan á derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas,
Con silencioso pié venir el sueño.
Todos entonces en tropel callados
Los objetos que vimos en el día
Toman cuerpo en la loca fantasía,
Y en confuso monton desordenados,
Llenos de ligereza y poesia,
Revestidos de formas celestiales,
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales,
Jamás al despertar nos acordamos,

Como nos dice Zorrilla en su bonito «Cuento de Amores.» Breves instantes vagó mi espíritu por regiones desconocidas; á poco, las brumas que me rodeaban se disiparon y ví claramente un elegante gabinete-tocador. Frente á este se hallaba una bellísima jóven, á quien una entendida criada componia los profusos cabellos que, semeando un tupido manto, cubrian su desnuda espalda; caprichosas rosas y elegantes lazos salian de manos de la hábil peluquera, los que despues salpicaba con mariposas de brillantes.

—Oh! qué bella me estás poniendo, mi querida Agueda! exclamó la jóven contemplándose con infantil alegría.

—No hago mas que pulir la obra de la naturaleza, Srita. Laura. Debeis vivir muy reconocida al Supremo Hacedor, no solo por vuestra hermosura, sino tambien por lo feliz que os hace.

—Pues qué, Agueda, yo sola soy dichosa en el mundo? preguntó la jóven introduciendo su pequeño pié en un elegante zapato que Agueda le calzó. Creo que exajerar la infelicidad que á tu parecer domina al género humano. Si tú vieras un baile, por ejemplo, entonces te convencerias que casi todos son dichosos. Oh! allí

todo es placer, alegría..... y la jóven cerró los ojos para gozar mas con los recuerdos que evocaba. Una triste sonrisa vagó por los lábios de Agueda y moviendo la cabeza dijo:

—Ay, mi querida Srita! Vos no contaís mas de quince años de edad; veís el mundo, la sociedad, muy distinto de lo que son en sí; los veís al través de un prisma de rosa y oro. Todo es bello, todo os sonríe, no es cierto?..... Ah! Laura! guardaos de alzar una punta del mágico velo que cubre á esa sociedad, porque entonces.... veriais que todo es mentira, falsedad; veriais esa alegría que decís, convertida en tedio; comprenderiais que los halagos que os prodigan, no son mas que adulacion baja y servil: vuestro corazon se desgarraria al observar tanto cieno..... Oh! porque no hay amargura comparada á la que envenena nuestro ser cuando perdemos una ilusión!

(Se continuará).

Blanca Rosa Rodon.

PEDRO Y CAMILA.

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion).

Mr. de Arcis no estaba dotado de menos dulzura y bondad que su mujer: pero las pasiones de su juventud y la esperiencia que tenia de las cosas de este mundo le causaban algunas veces melancolia. Cecilia, así se llamaba Mme. de Arcis, respetaba religiosamente estos momentos de tristeza: aunque no poseyera un talento superior, su corazon le advertia fácilmente que no debia quejarse de esas ligeras nubes que destruyen la dicha cuando se las mira, y que no son nada cuando se las deja pasar.

La familia de Cecilia se componia de buenas gentes, mercaderes enriquecidos por el trabajo, y cuya vejez era, por decirlo así, una perpétua fiesta: el caballero gustaba de esta alegría del reposo, comprada á costa de penalidades, y tomaba parte en ella de buen grado: fatigado de las tumultuosas fiestas de Versalles, de las cenas de mademoiselle Quinault, se recreaba con estas maneras un poco ruidosas, pero francas y nuevas para él.

Cecilia tenia un tio, escelente hombre, y mejor gastrónomo aun, que se llamaba Giraud; habia sido maestro de obras en su juventud, y despues habia llegado poco á poco á arquitecto: á costa de su trabajo, habia ganado unas veinte



mil libras de renta: la casa del caballero era muy de su gusto y era siempre bien recibido en ella, aunque iba muchas veces, cubierto de yeso y de polvo: porque á despecho de los años y de sus veinte mil libras, no podía menos de trepar sobre los tejados, y de manejar la paleta. Cuando había bebido algunas copas de Champagne, era inevitable que perorase en los postres.

—Por cierto sois muy dichoso, sobrino mío, decía frecuentemente al caballero: sois rico, joven aun: teneis una buena mujercita, una casa no del todo mal edificada: no os falta nada; tanto peor para el vecino si lo siente: yo os digo y repito que sois dichoso.

Un día Cecilia, oyendo estas palabras, é inclinándose hacia su marido:

—¿No es cierto, dijo, que es preciso que en esto haya algo de verdad para que te lo dejes decir tantas veces?

—Si, Cecilia mía, repuso el caballero, besándola en la frente; soy completamente feliz!

Había detrás de la casa una pequeña cocina, desde la cual se descubría todo el valle, y los dos esposos se paseaban siempre juntos en aquel ameno sitio: una tarde que estaban sentados sobre la yerba:

—Tu no has contradicho á mi tío el otro día, dijo Cecilia: piensas, sin embargo, que tuvo enteramente razón? eres perfectamente dichoso?

—Tanto como un hombre puede serlo, respondió el caballero, y no veo nada que pueda aumentar mi dicha.

—Yo soy entonces mas ambiciosa que tu, replicó Cecilia, porque me sería fácil citarte alguna cosa que nos falta aquí y que nos es absolutamente necesaria.

El caballero creyó que se trataba de adquirir algun mueble elegante y que su esposa quería tomar un rodeo para confiarle un capricho de mujer hizo chanceándose mil conjeturas, y a cada cuestion las risas de Cecilia se redoblaban: se levantaron y descendieron de la colina. M. de Arcis apresuró el paso, y animado por la rápida pendiente de la colina, quería que Cecilia le siguiese: pero ella se detuvo y apoyándose sobre la espalda del caballero:

—Tén cuidado, amigo mío, le dijo, y no me hagas andar precipitadamente: tu busabas muy lejos el objeto que nos es preciso, y Dios nos lo dará muy pronto en nuestro hijo.

A contar de este día, todas sus conversaciones no tuvieron mas que un motivo: no hablaban mas que de su hijo, de los cuidados que iban á prodigarle, de la manera como lo educarian, de los proyectos que formaban ya para su porvenir: el caballero quiso que su mujer tomase todas las precauciones posibles para conservar el tesoro

que guardaba: redobló sus atenciones y su amor, y todo el tiempo que duró el embarazo de Cecilia no fue mas que una larga y deliciosa embriaguez llena de las mas dulces esperanzas.

El término fijado por la naturaleza llegó: una niña vino al mundo, bella como el día: en la pila del bautismo se la llamó Camila: á pesar del uso general, y contra la opinion misma de los médicos, Cecilia quizo criarla ella misma: su orgullo maternal estaba tan lisongeado con la belleza de su hija que fue imposible separarla de su lado; es verdad que su belleza, tratándose de una criatura recién nacida, era extraordinaria: sus ojos, sobre todo, así que se abrieron á la luz, brillaron con un resplandor deslumbrante.

Cecilia, que se había educado en un convento, era estremadamente piadosa y sus primeros pasos, así que ella pudo salir fueron para ir á la iglesia á dar gracias á Dios.

Pasó un año: la niña comenzaba á tomar fuerzas y á desarrollarse. A medida que crecía, extrañaba verla guardar una inmovilidad completa: ningun ruido parecía impresionarla: era insensible á esas mil dulces palabras que las madres dirigen á sus hijos; mientras que cantaba meciéndola, tenía ella los ojos fijos y abiertos, mirando ávidamente la claridad de la lámpara y al parecer sin oír nada.

Un día que se hallaba dormida en su cuna, una criada derribó un mueble. Cecilia acudió al instante y vió con asombro que la niña no se había despertado.

El caballero se espantó con estos indicios de demasiado claros para que pudieran equivocarse: la observó con atencion desde este día, y comprendió cual era la desgracia á que estaba condenada su hija: la madre quiso en vano engañarse y por todos los medios imaginables disipar los temores de su marido: se llamaron á los mas famosos médicos, y el examen no fue ni largo ni difícil, declarando unánimes que la pobre Camila estaba privada del oído y de la palabra.

Había nacido muda.

II.

El primer pensamiento de la madre había sido el preguntar si el mal no tenía remedio, y le respondieron que había ejemplos de curacion. Durante un año, á pesar de la evidencia, conservó algunas esperanzas; pero todos los recursos del arte fracasaron, despues de haberlos agotado todos.

Desgraciadamente en aquella época en que tantas preocupaciones fueron destruidas y reemplazadas por otras, existía una despiadada contra esas pobres criaturas que se llaman sordo-

mudos: algunos sabios distinguidos y aun algunos hombres, solamente impulsados por un sentimiento caritativo, habian desde largo tiempo protestado contra esta barbarie. Un monge español fué el primero que en el décimo siglo adivinó y ensayó la tarea, creida entonces imposible, de enseñar á los mudos á hablar sin palabra: su ejemplo habia sido seguido en Italia, en Inglaterra y en Francia diferentes veces. Bonnet, Wallis, Bulwer, Van-Helmont, habian dado á luz obras importantes: mas la intencion habia sido mejor que el efecto: algun bien se habia hecho acá y allá sin que el mundo lo supiera, casi al azar y sin ningun fruto. Por todas partes, en París mismo, en el seno de la civilizacion mas avanzada, los sordo-mudos eran mirados como una especie de seres á parte, marcada con el sello de la cólera celeste. Privados de la palabra, se les negaba el pensamiento: el claustro para los que nacen ricos, el abandono para los pobres, tal era su suerte: los infelices inspiraban mas horror que piedad.

(Traducción).

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Con el agua al cuello. — El lago de la zarzuela. — Silbidos. — Uno que se va. — Lutos. — El album de la duquesa.

Hace cinco dias que soy hombre al agua.

Cuando Dios quiere, á todos aires llueve, y en verdad que la semana pasada quiso Dios cumplir el refran al pié de la letra, puesto que en cinco dias reinaron cinco clases de vientos y la lluvia no cesó por eso.

¡Al agua patos! ó mejor dicho ¡al agua patas! que tal se puede exclamar al ver ciertos piés fenomenales que ponen de muestra algunos ciudadanos sobre la dudosa superficie de un charco.

Y propósito de charco. Han visto ustedes el *Lago de las serpientes*? ¡Oh y qué cosa tan bonita! Qué linda cosa!

Parece mentira,

Pero no lo es,

que haya autores que hagan tales comedias, empresas que las admitan, artistas que las canten y públicos que las oigan. Es decir, esto último no suele suceder con tanta frecuencia como los autores quisieran; por ejemplo, la otra noche despues que el público sufrió con calma las *gracias* de los dos primeros actos de la obra, debió decir para sus adentros: «¡Caramba! si me callo y tolero esto, me van á llamar estúpido

las naciones extranjeras y además voy á tener que tolerar en adelante cosas por el estilo, que Don Francisco Silas se apresurará á hacerme tragar sin compasion ninguna. ¡Pues no señor, no lo tolero, y se va á armar la gorda! y en efecto, se armó la gorda.

Habia una tempestad en plena India. Comenzó á retumbar el trueno... booon... booon... bomborrumbón...

Y el público hacia: pun, pun, prun purrun pún... pún!

Salió una serpiente; no silbó, y el público le dió una leccion silbando por todo lo alto.

En una palabra, la funcion acabó de la manera mas lamentable.

¡Descansa en paz, libreto sencillo é inocente! Tu existencia se deslizó en pocas horas como la del cándido ababol que crece á orilla de una zanja! la tierra te sea muy pesada.

Distraigámonos, lectores amables: estas conversaciones hacen daño.

¿Se acuerdan Vds. de aquel caballero particular que tuvo la bondad grandísima de venir á visitarnos á principios del mes pasado? ¡Qué epidemia de hombre! No nos dejaba vivir; esta era su ocupacion continua.

Pero dió con gente muy brava, y le hemos vencido. Sí, le hemos vencido, y se ha marchado con la música á otra parte.

Lleno de satisfaccion y de alegría puedo dar hoy esta noticia en mi revista.

El cólera ha desaparecido.

No hay que dudarlo: estamos buenos y sanos y contentos y felices.

Así, pues, á divertirse. Los teatros se abren de nuevo; los paseos vuelven á poblarse; las reuniones prometen ser animadas y todo anuncia un invierno delicioso.

Sean dichosos los que puedan.

Entre tantos seres felices, siempre habrá uno desgraciado. Aquel que vista de luto.

¡Ah! Si yo pudiera disponer de tiempo y de espacio, consagraria aquí algunos párrafos al luto, que es un compañero cruel que destroza el alma y disfraza el cuerpo.

Una mujer de luto me parece un ensueño y no un ser viviente. Por ejemplo, el sueño de los tristes. Un ángel sin alas escondido en las tinieblas! Una maga que anuncia desventuras. Una nube de verano al caer de la tarde. La oscuridad del dolor y la soledad del alma.

Pero... á qué viene ahora eso? me dirán las curiosas.

Viene... á cuento. Porque para acabar estos desdichados renglones, nada mas á propósito que un cuento del día, casi una historia.

La duquesa de "... á quien todos conocemos, envió su álbum á un amigo de esos que con la mayor desfachatez aseguran que son poetas delante de todo el mundo, con lo cual consiguen que nadie les crea.

El amigo de la duquesa devolvió á esta el álbum á los dos días; en una página habia escrito estos versos:

Si aunque nadie se me ha muerto
me ves vestido de luto,

¿qué dirás de mi cinismo?

y otro amigo de la duquesa cogió un lápiz y puso debajo de los versitos:

que eres un solemne bruto:

¡eso mismo!

Eusebio Blasco.

MODAS.

Tiempo hace, mis amadas lectoras, que no hablamos de las variaciones de los trages, de los adornos y de los prendidos: es verdad que estas, hasta ahora, son poco notables, pues la epidemia que nos ha afligido ha tenido abatidos los espíritus y sin deseos de innovaciones en los equi-

pos. La cariñosa madre, la enamorada esposa, la joven idólatra de sus padres y hermanos, se han encerrado en su casa, y solo la han abandonado para ir á rogar á los piés de los altares por los objetos de su amor, al que tiene abierto en sus manos el libro de nuestra vida.

Así es que las labores de tapicería, crochet, aplicacion, y todas esas que distraen el ánimo útilmente, han llenado las horas de las damas que antes eran el mas bello ornamento de la Fuente Castellana y de los teatros de la corte.

Hemos visto dos soberbias portieres para dos gabinetes, que ocupan cada una un ángulo de la elegante y espaciosa sala de una amiga nuestra.

Estas portieres son de listas de tapicería, alternadas con otras de paño grana: mas suntuosas hubieran estado alternadas con listas de terciopelo: pero nuestra amiga no es rica, y sus gustos se adaptan, sin ningun esfuerzo por su parte, á su modesta posición social.

Este creemos que es el mayor mérito de la

mujer: y la modestia y la conformidad las compararnos á dos bellas y perfumadas flores que permanezcan en torno nuestro y de cuantos nos rodean una incomparable fragancia y una placida alegría.

Pero volvamos á las dos portieres que cubren las puertas de los gabinetes de nuestra amiga: ya he dicho que están formadas por bandas de tapicería, alternadas con otras de paño color de grana, cuyo coste es infinitamente menor que el de terciopelo.

Formando contraste con el color fuerte de las bandas de paño las de tapicería tienen colores oscuros: una forma una guirnalda de pensamientos: otra una de acianos y otra una de lirios cárdenos, es decir, grises con follage verde.

El contraste no puede ser mas encantador: todas estas bandas oscuras están rellenas en el fondo con punto imitando realce, y ejecutado con lana azul claro de Berlin.

—El coste de estas *alhajas*, me dijo mi amiga, no ha sido gran cosa, y sobre todo ha sido insensible, porque se ha pagado poco á poco: compraba una banda de cañamazo, y la bordaba á ratos perdidos: cuando tenia una compraba otra y al fin me las he hallado hechas: ninguna cosa que se compra, por cara que sea, causa la satisfacción que las que una se hace por su mano.

¡Qué inocente vanidad, y qué disculpable, y aun qué adorable me ha parecido siempre!

Pero digamos algo de equipos de la estacion, puesto que ya, pasados los temores que nos agobiaban con la llegada de la terrible epidemia, es lícito pensar en trages y sombreros.

Para estos lo que domina son los adornos de luto: es decir, el azabache y el acero: tambien el oro hace gran papel, y todos estos accesorios han reemplazado, con ventaja, á lo menos para las señoras de alguna edad, á las flores y frutas artificiales.

Los sombreros ya no constan solo de una ala: tienen copa, pero muy corta y ancha: se hacen los mas lindos de terciopelo granate y azul azulina, alternados con bullones de encage negro ó de tul moteado, blanco: caracoles de plata y de oro sujetan lazos de cinta estrecha, ó graciosos nudos de encages que descenden en bandas flotantes por la espalda.

Los de teatro son blancos bullonados, y cada bullon sujeto por cuentas negras sembradas bastante claras: las bridas son de anchas cintas de glasé blanco, adornadas de puntillas estre-

chas de quipure; este modelo le hemos visto á una célebre artista extranjera en esta corte, y nos ha parecido tan nuevo como gracioso.

Para los *trages de interior* ó de casa, la de *Meunier y C.^a* de París es la que lleva el estandarte de la moda en el mundo elegante: pero vosotras, mis amadas lectoras, os podreis hacer tambien una bata encantadora, é idéntica á las que salen de esa célebre casa, esplicándoos yo cómo son.

Hemos visto una traida para una bella y joven duquesa que reside en esta corte, que es de cachemira rosa muy fina, y forrada con tafetan del mismo color: una fila de arabescos, formados por pequeños bieses de glasé blancos, cosidos á pespunte con seda rosa, la guarnece en la parte inferior de la falda, y suben formando delantera: el pecho y delanteros guardan la forma *princesa*, pues son de una sola pieza: los paños de detrás están nesgados, y se unen á una espalda lisa, de la que salen dos pequeños faldones cuadrados, y rodeados de los mismos arabescos: la manga, cortada como las que se usaban á principios del siglo, es de las llamadas de *jamón*, es decir, muy anchas de arriba y de mitad para abajo bastante estrechas, y están abrochadas hasta cerca del codo con ojales y botones de nácar.

Tal es, mis queridas lectoras, el mas elegante modelo que las grandes señoras han adoptado para este invierno; podreis hacer esta deliciosa bata de cachemira blanca, azul, verde, gris ó rosa, segun es el modelo que os he descrito: tampoco dejará de estar lindísima haciéndola de merino, lanilla ú otra tela mas modesta y mas barata: el todo es el corte, la forma y esencialmente el aire elegante y distinguido de su hechura.

Pamela.

LABORES.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Número 1.—Cuello-juez, para bordar á feston. (Algodon núm. 50).

Núm. 2.—Puño correspondiente.

Núm. 3.—Ala de una gorrita para niño de primera edad: se borda al pasado, punto de pluma y de armas, sobre batista. (Algodon números 40 y 60).

Núm. 4.—Redondel de la gorrita.

Núm. 5.—Esquina de pañuelo para bordar á plumetis con guarniciones de valencienas.

Núm. 6.—Esquina de pañuelo para bordar en aplicacion sobre tul de Bruselas. (Algodon número 50).

Núm. 7.—Mitad de un delantero de vesta postillon con una greca de soutache.

Núm. 8.—Mitad de la espalda de la vesta. Se hace un pliegue en el talle del ancho indicado con las letras K. K.

Núm. 9.—Costadillo de la vesta.

Núm. 10.—Manga de la misma.

Núm. 11.—Dibujo para poner encima de las costuras de los paños de la falda que debe acompañar á la vesta.

Núm. 12.—Otro dibujo, mas pequeño, que debe alternar con el anterior.

Núm. 13.—Zelie, á plumetis, para pañuelos.

Núm. 14.—Escudo con las cifras A. D., á plumetis, para pañuelo de batista. (Algodon números 40 y 60).

Núm. 15.—Entredos, bordado inglés, para pantalon.

Núm. 16.—Rosine, á plumetis, para pañuelo.

Núm. 17.—Escudo con las cifras A. E., á plumetis y punto de armas. (Algodon núms. 40 y 60).

Núm. 18.—Tira, bordado inglés, para camisa.

Núm. 19.—Rosine, á plumetis, para pañuelos.

Núm. 20.—Zoe, id., id.

Núm. 21.—Raphaile, para id.

Núm. 22.—A. S., enlazadas, para servilletas.

Núm. 23.—Tira para bordar en aplicacion al rededor de un largo cuadro de tul para velo de señora.

Núm. 24.—E. B., enlazadas, para pañuelos de caballero.

Núm. 25.—Tira y entredos, bordado inglés, para pantalon.

Núm. 26.—Tira, bordado inglés y punto turco, para guarnecer camisas.

Núm. 27.—Thecla, á plumetis, para pañuelos.

Núm. 28.—Zulmee, á plumetis, para almohadas de batista.

Núm. 29.—Tira, bordado inglés, para camisas.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.